



CASA DE LA LITERATURA PERUANA

**Nudo Toda ciudad es un destino. Primer preguion.
-Preguion-**

Exposición permanente
Intensidad y altura de la literatura peruana

13/03/2015

1. Clave de lectura

La ciudad como territorio en disputa de las identidades, la ciudad como lugar de enunciación, la ciudad como proyecto de modernidad. La literatura construye imaginarios de ciudad que inciden en las identidades individuales y sociales. La ciudad se constituye como un espacio de disputas simbólicas de clase, culturales y sociales. Entender la ciudad como un espacio de múltiples lugares de enunciación en la que se confrontan o se eluden entre sí las diferentes identidades.

2. Propuesta

La literatura produce imaginarios de ciudad que generan relaciones complejas y de mutua influencia con la ciudad real. Presentaremos los discursos literarios sobre la fundación, transformación, migración, modernización y dinámicas culturales de las ciudades. Se han producido diversos imaginarios desde la literatura, básicamente en relación a Lima; esto no ocurre en la misma dimensión y características sobre otras ciudades. Así, referente a Lima, la literatura construyó un “espacio imaginario urbano que formalizó, principalmente, la perspectiva de la clase media y creó una gama de personajes que construyeron sus identidades individuales o grupales por medio de la apropiación o cesión de dicho espacio” (Güich y Susti). Veremos los orígenes, desarrollos y encuentros de estos imaginarios: el devenir de la arcadia colonial en relación a la modernidad, la migración interna y las clases sociales, la incidencia de la ciudad en las sensibilidades y en la emergencia de sujetos desclasados y marginales.

3. Estructura del nudo

a. Construcción, consolidación y problematización de la arcadia colonial

Sebastián Salazar Bondy define la *arcadia colonial* como una “metáfora idílica de la colonia”. Es un discurso que consiste en producir una imagen idealizada del pasado virreinal, específicamente la ciudad colonial como cuna de los valores éticos y estéticos de la sociedad. Se constituye desde Ricardo Palma –hasta Chabuca Granda– con la recuperación del pasado idílico, sin embargo, él no es quien origina este discurso, sino que existe un grupo de escritores que conforman la *ciudad letrada* que han construido progresivamente esta imagen. La arcadia busca mistificar los conflictos de la ciudad a través de la construcción de estereotipos sociales. En esta parte observaremos cómo la literatura ha representado distintas posturas ante la idea de la arcadia colonial: su construcción, consolidación y problematización.

La ciudad letrada ha cercado con el muro de la letra la emergencia de otros discursos desde la Colonia hasta el presente. Sin embargo, esta es desafiada por los fenómenos de migración interna, puesto que a partir de estos surgen representaciones de sujetos marginales o subalternos. De este modo, más claramente a partir de la década del cincuenta del siglo xx, la arcadia colonial es cuestionada, resquebrajada y esto da lugar a la emergencia de otros discursos.

Voces centrales: Ricardo Palma, Sebastián Salazar Bondy y Enrique Congrains.

a.1 Fundación y construcción de la arcadia colonial a partir de la ciudad letrada

Se presentarán los textos producidos durante la Colonia, dedicados a ensalzar la ciudad, estrategia de legitimación de lo criollo frente a la metrópoli (España). Estos darán origen posteriormente a la arcadia colonial. Esta construcción de la ciudad como lugar ideal o modelo va de la mano con la consolidación del grupo de escritores como los autorizados para proyectar los valores de la ciudad a través de la producción de estos textos. Ángel Rama refiere a la ciudad letrada como aquella construcción de relaciones de poder sobre un territorio a partir de la escritura, a través de la cual se inscribe y fija la memoria de un pueblo. En tal sentido, la Conquista supuso la fundación de ciudades según el modelo colonizador, de centros de poder, que sustentaban su dominio simbólico a partir de la escritura y la religión.

- Mateo Rosas de Oquendo. *Sátira de las cosas que pasan en el Pirú*, 1598.

[pie de objeto]

En 1883, Joaquín García Icazbalceta descubre unas composiciones poéticas atribuidas a un tal Mateo Rosas de Oquendo. En 1906, el crítico literario Paz y Meliá encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid un cartapacio del siglo xvi que lleva por título *Sátira de Oquendo*. Al parecer, el mismo Rosas de Oquendo recopiló el cartapacio incluyendo sus poemas y de otros autores.

En su poesía, que mezcla el estilo popular y culto, se representa a la Lima virreinal como una sociedad carnavalizada. Describe y denuncia la vida cotidiana, enfatizando las mentiras en las que se vive.

[texto]

Pasé por siglo de oro
el golfo de adversidades,
ayer cortesano y lustrc,
oy un pobre caminante.
Pasando por la memoria
aquel riguroso trance
me olvidó de compasión,
dio voses a la otra parte.
Nueve años he callado,

tiempo sera de que hable,
aunque el callar estas cosas
es el oro que mas vale.

Se describe y denuncia la vida cotidiana de la Lima virreinal enfatizando las mentiras en los que vive cada tipo social. Al inicio del texto el autor alude fugazmente a sí mismo como espectador de la ciudad y sus habitantes:

Dexen todos sus ofisios
y vengan luego a escucharme;
los casados, sus muxeres,
las muxeres sus axuares,
los poetas sus consetos,
los músicos sus compases,
los yndios sus sementeras,
sus libros los colesiales,
las damas sus exersisios,
sus paseos los galanes,
sus silletas los comunes
y sus estrados los graues;
dexen el gato las negras,
los negros sus atabales,
los pulperos sus medidas,
las pulperas sus dedales,
la justicia sus corchetes,
los corchetes sus maldades.
los alguasiles su ronda
la ronda sus disfrazes.
Venga todo el pueblo junto,
no dexede oírme nadie,
que no abra vno entre todos
a quien no le alcance parte.
y los que su propio honor
por el interés trocaren,
dando en sus casas lugar
para que otros las reparen,
vengan a oír mis sermones
y sabrán, si no lo saben,
que el mas amigo se rie
de su proseder infame.
Oiganme con atención
ninguno tosa ni parle,
que en cada rason que pierden
pierden un amigo grande.

- Rodrigo de Valdés. *Poema de la fundación de Lima*. 1687.

[pie de objeto]

Poema, escrito en castellano y en latín, que refiere a hechos fundamentales de la Conquista, como la construcción de ciudad de Lima. Ensalza su imagen, detallando la construcción de sus calles, la muralla, el puente, la fuente de la plaza. Los criollos desean una ciudad como las de Europa, por ello, se compara a Lima con las antiguas ciudades de la antigüedad: Babilonia, Roma o Nicea. Además hace mención a las iglesias y a los valores cristianos que harían de Lima una ciudad a la altura de las de la metrópoli. También resalta la figura de Francisco Pizarro, cuya hazaña se la compara con la de Jasón y los argonautas.

[texto]

Tu Lima espera triumphos,
de Europa, de Africa, de Asia,
que reverentes te adoran,
quando distantes te aman.

Si causa veneraciones
tam invidiosa distancia,
altamente ponderando
Luces, que se dàn tan caras.

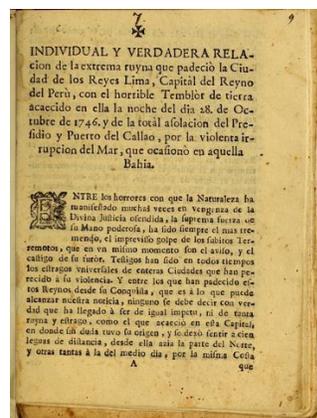
Castos amores concilia
Candida sonora Fama,
quando tales excelencias
prerrogativas tan raras;

Celebra quales Europa,
Interpraetando inurbana
veridicas relaciones,
affirma hyperboles fallas

- Joseph y Francisco Mugaburu. *Diario de Lima*. 1640-1694.

Primer diario de Lima que no es oficial y es manuscrito. Puede ir como imagen. Está digitalizado.

- Pedro Lozano. *Individual y verdadera relación de la extrema ruyna que padeció la Ciudad de los Reyes Lima, Capital del Reyno del Perú, con el horrible Temblor de tierra acaecido en ella la noche del día 28 de Octubre de 1746 y de la total asolación del Presidio, y Puerto del Callao, por la violenta irrupción del Mar, que ocasionó en aquella Bahía.*



[texto – pie de objeto] Este es el mísero estado en que yace Lima, cadáver de población, que ha extendido en lo disuelto la grandeza, para abultar más el horror, y el espanto de la ruina. La relación de su desgracia, más que asunto de la curiosidad, debe ser motivo del desengaño, porque no han de ser más duros que una piedra los corazones, ni es posible que deje de temblar, quien así ve en lo insensible aquel Divino Poder contra quien no hay resistencia.

(Nota: Texto digitalizado a partir del original conservado en la Biblioteca Histórica de la Universidad de Valencia. [Individual y..... Pedro Lozano](#)).

Encontré esta reseña de una sesión de Escrituras virreinales. Copio un fragmento y el enlace:

Este poema ofrece una visión sincrónica de la ciudad de Lima, en la medida en que narra su fundación en 1535, y una visión diacrónica, puesto que ofrece también la historia de la ciudad desde su fundación hasta la escritura del poema, en 1732. Peralta combina ambos elementos mediante la “técnica del profeta”, pues en el poema Pizarro conversa durante varios cantos con un profeta que le narra el futuro de la ciudad.

<https://escriturasvirreinales.wordpress.com/2015/03/12/octava-sesion-la-elasticidad-del-archivo-de-pedro-de-peralta-y-barnuevo/>

Y la primera edición de *Lima fundada*, digitalizada:

<http://www.archive.org/stream/limafundadaoconq00pera#page/n5/mode/2up>

- Diego Esquivel y Navia. *Noticias cronológicas de la gran ciudad del Cuzco* (c. 1749).

Revela que las procesiones religiosas —fiestas del santo patrono de las cofradías, rosarios, devociones monacales, regocijos al recibir buenas noticias de la corte, rogativas contra los terremotos y otras catástrofes naturales, entre otras— se contaban en gran número en la época colonial. Lo que se destaca en la fiesta y procesión de Loreto es que, al parecer, principalmente la celebraban los incas nobles del Cusco.

Referencias: <http://archivo.iep.pe/textos/DDT/DDT146.pdf> / Luis Nieto: *Asesinato en la gran ciudad del Cusco; Cusco después del amor; Buscando un Inca*: <http://www.librosperuanos.com/autores/articulo/0000000805/Vigencia-del-proyecto-mestizo>

a.2 Literatura urbana y arcadia colonial

Esta parte está dedicada a la literatura de fines del siglo XIX e inicios del XX. Periodo en el que se consolida el discurso de la arcadia colonial y su adaptación a la modernidad.

- Ricardo Palma. “El divorcio de la condesita”, “El baile de la Victoria. (Reminiscencias)”. En: *Tradiciones peruanas*. Lima: Imprenta del Universo de Carlos Prince, 1883.

[texto curatorial] Ricardo Palma (1833-1919) fue conocido como “el bibliotecario mendigo” porque asumió la dirección de la Biblioteca Nacional después del saqueo e incendio que realizaron los chilenos durante la Guerra del Pacífico. El 28 de julio de 1884 logró reabrir la. Su obra cumbre son *Las Tradiciones Peruanas*, que fueron publicadas entre 1872 y 1918.

Explicar qué son las tradiciones y sus límites difusos con la historia.

[objetos] Vitrina con las principales publicaciones de Ricardo Palma.

Hacer listado y definir piezas:

La Bohemia de mi tiempo; ediciones de *Las Tradiciones Peruanas* publicadas por Manuel Scorza en los Festivales del Libro (década del 50, Patronato del Libro Peruano y Editora Latinoamericana). Cartas con Clorinda Matto de Turner y Mercedes Cabello (BNP).

[texto – pie de objeto] Aunque no se pongan de acuerdo los críticos sobre la extensión o el contenido del término criollo –que es, al cabo, lo nacido y criado en la tierra y calentado por la emoción popular, ya sea ésta costeña o serrana, pero de todos modos expresión de un alma mestiza, de una casta vieja y nueva a la vez, surgida de la fusión de lo propio y de lo importado, y por ello alegre y melancólico a un tiempo, a pesar de los distintos espacios étnicos, sociales o artísticos- en Palma hallamos, inconfundiblemente, desparramada en sus Tradiciones, en el lenguaje y en el ambiente, la sensación del más auténtico criollismo peruano.

Raúl Porras Barrenechea, prólogo a la edición del Primer Festival del Libro (Patronato del Libro Peruano), diciembre de 1956.

[texto – opción 2] “Un cerro que tiene historia”. (Edición del IV Festival del Libro, Editora Latinoamericana, 1958).

A un cuarto de legua de la Plaza Mayor de Lima y encadenado a una serie de colinas que son ramificación de los Andes, levántase un cerrillo de forma cónica, y cuya altura es de cuatrocientos setenta varas sobre el nivel del mar. Los geólogos que lo han visitado convienen en que es una mole de piedra, cuyas entrañas no esconden metal alguno, y sabio

hubo que, en el pasado siglo, opinaba que la vecindad del cerro era peligrosa para Lima, porque encerraba nada menos que un volcán de agua. Las primeras lluvias de invierno dan al cerro pintoresca perspectiva, pues toda su superficie se cubre de flores y gramalote que aprovecha el ganado vacuno.

En 1536 el inca Manco, a la vez que con un ejército de ochenta mil indios asediaba el Cuzco, envió veinticinco mil guerreros sobre la recién fundada ciudad de Lima. Estos, para ponerse a cubierto de la caballería española, acamparon a la falda del cerro, delante del cual pasa un brazo del Rímac, cuyo curso continuaba por los sitios llamados hoy de Otero y Pedregal.

- Felipe Pardo y Aliaga. "Paseo de Amancaes". "Un viaje".

[texto]

Las mañanas de invierno de Lima tienen un tipo particular, que quizá no se encuentra en ningún otro país, aunque pertenezca a la misma zona, y cuente la misma latitud. Las más crudas de ellas no tienen en contra más que una lijera llovizna, que en ninguna parte podrá merecer el nombre de aguacero, y que, si nuestras calles fueran mejores, no serviría de molestia, ni aún a las damas más melindrosas ("El paseo de Amancaes").

- Manuel Ascencio Segura: "Una misa nueva", "Los carnavales", "Las calles de Lima".

[texto]

Mire usted, señor lector, a aquella madamisela que va por el extremo de la derecha, ¿no parece que fuera bailando un paspié? Pero no crea usted sino que ese es efecto del delicioso enlosado de nuestras calles, que convida a bailar. ¿En dónde podría encontrarse un piso más cómodo, más agradable? (...) ¡Hola! Por aquel balcón verde de celosías a la antigua, acaban de botar a lo menos cuatro azumbres de una agua de varios colores, grasienta y mefítica, que ha bañado de pies a cabeza a un mozalbete que pasaba a la sazón y que va jurando y maldiciendo como un carretero. ¡Válgame Dios! Y ¡qué hermosa laguna tenemos en aquella calle de más allá! ¿Quién pasa por ahí? Nadie; es menester, cuando menos, rodear dos o tres cuadras, cosa que, por cierto, cuesta muy poco y mucho más al que tenga algunos callos. ¿Y habrá, con todo, quien asegure que las calles de Lima no son cómodas y agradables y que no son un manantial perenne de placeres, de satisfacciones y de contento para los que las transitan? ("Las calles de Lima").

- Abelardo Gamarra. *Cien años de vida perdularia*.

[texto – opción 1]

Al día siguiente paso por una de las principales calles de Lima y en la elegante fachada de una casa, veo un escudo, en forma de broquel de caballero andante; y sobre el techo de la puerta de calle, una asta y una banderaza que flota ligeramente movida por el viento. Sobre el asta descansa un gallinazo, encogido de frío, esperando los rayos de Sol de la mañana y atisbando los últimos estertores de algún gato arrojado semiboqueando en la azotea de Su Señoría, por la despiadada mano de su mayordomo.

[texto – opción 2]

La colonia vivía en perpetuas fiestas; de los 365 días del año, 150 eran festivos. [...] Las procesiones, vísperas, novenarios, octavarios, fiesta de tabla, pascua, Semana Santa, carnavales, fiestas reales, santos de los Reyes, de la Reina y Príncipes; llegada de los Virreyes y salida de Arzobispos, [...] la elección de priores y abadesas de los conventos, los Autos de Fe, la horca de los ajusticiados, todo en la colonia era motivo de fiestas, jolgorios y regocijos: luminarias, corridas de toros, paseo a Amancaes, moros y cristianos, gigantes y cabezudos, jugadas de gallos, príncipes indios, comparsas a caballo, arcos triunfales, juegos de cañas y torneos de a caballo en los que tomaban parte el mismo Virrey y la alta nobleza.

[texto – opción 3]

Era una partida de mozos, muchos de ellos de los llamados de familias decentes, vinculados con todo género de truhanes de la plebe, y que se dedicaron a la vida completamente de jarana: no tenían más objeto que divertirse, enamorar, chupar y arreglar a trompadas cualquier cuenta; gastaban lo que podían, que lo habían de la casa, de cualquier modo; eran capaces de llevar a la peña la camisa de papá y los fustanes de mamá; no respetaban a nada ni a nadie, ni guardaban consideración a ninguno, para ellos no había autoridad de ninguna clase, y sus centros de reunión eran las huertas y las chacras, a las que solían concurrir a torear y formar parrandas.

- Enrique Carrillo. *Cartas a una turista*. Lima: La Industria, 1905.
- José Gálvez. *Una Lima que se va*. Lima: Editorial Euforión, 1921
- José Diez-Canseco. *Estampas mulatas*.

Falta cita de *Duque* y texto curatorial (buscar conectarlo con los narradores de la década del cincuenta).

[objetos] Un trompo y una huaraca.

[objetos – vitrina o pedestal o tabique] Primeras ediciones y ediciones especiales: *Estampas mulatas*, *Duque*, etc.

Revisar bibliografía.

[texto] “El Trompo”, 1940. (Estampas mulatas, edición de Populibros)

[opción 1 – p. 117] En esa tarde todo era opaco y silencioso. Los automóviles, los tranvías, las carretillas repartidoras de cervezas y sodas, los “colectivos”, se esfumaban en la niebla gris azulada y todos los ruidos parecían lejanos. A veces surgía la estridencia característica de los neumáticos rodando sobre el asfalto húmedo y sonoro y surgía también, solitario y escuálido, el silbido vagabundo de un transeúnte invisible. Esta tarde se parecía a la tarde del vals sentimental y huachafo que, hace muchos años, cantaban los currutados de los tiorbas:

¡La tarde era triste,

la nieve caía!...

Por la acera izquierda de la Alameda iba Chupitos y a su lado el cholo Feliciano Mayta. Chupitos era un zambito de diez años, con dos ojazos vivísimos sombreados por largas pestañas y una jeta burlona que siempre fruncía con estrepitoso sorbo.

[opción 2 – p. 120] ¡Pero qué mala pata, Chupitos! Desde chiquitito la cosa había sido de una pata espantosa. El día que nació, por ejemplo, en el Callejón de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, una vecina dejó sobre un trapo la plancha ardiente, encima de la tabla de planchar y el trapo y la tabla se encendieron y el fuego se extendió por las paredes empapeladas con carátulas de revistas. Total: casi se quema el callejón. La madre tuvo que salir en brazos del marido y una hermana de éste alzó al chiquillo de la cuna. A poco, los padres tuvieron que entregarlo a una vecina para que lo lactara, no fuera que el susto de la madre se le pasara al muchacho. Luego fue creciendo en un ambiente “sumamente peleador”, como decía él, para explicar esa su pasión por las trompeaduras.

- Manuel Beingolea. *Bajo las lilas*. Portada e imágenes interiores.

[objeto] José Gálvez, Ignacio A. Brandariz, Juan de Zavaleta, Reynaldo Saavedra Pinon, Luis Alberto Sánchez, Ricardo Vegas García, Raúl Porras Barrenechea, Manuel Moncloa Ordoñez, Juan Bromley, Felipe Rotalde, Félix del Valle, Ezequiel Balarezo, Luis Fernán Cisneros. *Una novela limeña*. Lima: San Marcos, 1967.

a.3 Cuestionamiento de la arcadia colonial y migración interna

La migración interna del campo a la ciudad, de los Andes a la Costa, va de la mano con las aspiraciones de acceso a educación y trabajo. En parte, este fenómeno de migración interna responde a la apropiación del discurso de la ciudad como un espacio de modernidad y progreso. Esto supuso la reconfiguración social y simbólica de la ciudad capital, de ciudad jardín a ciudad reja. De este modo, ciertos valores correspondientes al imaginario de la arcadia colonial se exageran: discriminación racial y de clase y conservadurismo.

- José María Arguedas. *Yawar fiesta*. Lima: Juan Mejía Baca, 1941.

[texto] Dos mil lucaninos vivían en Lima. Más de quinientos eran de Puquio, capital de la provincia.

Los lucaninos llegaron a Lima cuando en todas las provincias cundió casi de repente, como una fiebre, el ansia de conocer la capital. ¡Llegar a Lima, ver aunque fuera por un día, el Palacio, las tiendas de comercio, los autos que se lanzaban por las calles, los tranvías que hacían temblar el suelo, y después regresar!

(...) Pero en mes de enero de 192... llegó a Puquio la noticia de que Coracora, capital de Parinacochas, se había reunido en cabildo, todo el pueblo. Que el cura había hablado en quechua y después en castellano, y que habían acordado abrir una carretera al puerto de

Chala, para llegar a Lima en cinco días, y para hacer ver a los puquianos que ellos eran más hombres.

Revisar:

- *El zorro de arriba y el zorro de abajo.*
- Himno Túpac Amaru...

- Sebastián Salazar Bondy. *Lima, la horrible*. México: Biblioteca Era, 1ra edición, 1964.

Voz central. Pensar cómo presentarlo. Seleccionar poemas dedicados a la ciudad.

[objetos] Todas las ediciones de *Lima, la horrible*.

[texto – opción 1 – p. 10] Toda ciudad es un destino porque es en principio, una utopía, y Lima no escapa a la regla. No estaremos conforme, aunque la ofusquen gigantescos edificios y en su seno pulule una muchedumbre ya innumerable, si todos los días la inteligencia no impugna el mentido arquetipo y trata de que al fin se realice el proyecto de paz y bienestar que desde la fundación, y antes de ella también, cuando el oráculo predestinaba en las incertidumbres, incluye a la comunidad humana que a su ser pertenece. De lo que acerca del futuro Lima decida ahora, dependerá, en última e inapelable instancia, lo que para siempre será el país a la cabeza del cual fue colocada.

Este libro se debe a Lima. Lima hizo a su autor e hizo su aflicción por ella.

[texto – opción 2 – pp. 12-13] La época colonial, idealizada como Arcadia, no ha hallado todavía su juez, su crítico insobornable. La estampa que de ella, en artículos, relatos y ensayos, se nos ofrece se conforma de supuestas abundancias y serenidades, sin que figure ahí la imaginable tensión entre amos y siervos, extranjeros y aborígenes, potentados y miserables, que debió tundir, por lo menos su trasfondo, a la sociedad. (...) Desmentir la Arcadia Colonial será siempre una penosa, ingrata tarea, pues la multitud ha ingerido sin mayor recelo durante más de una centuria innumerables páginas de remembrantes doctores con la respectiva dosis alucinógena.

[texto – opción 3 – p. 16] Precisa advertir que Lima no es, aunque insista en serlo, el Perú, pero esto es cuestión aparte. No cabe la menor duda, en cambio, que desde ella se irradia a todo el país un lustre que desdichadamente no es el del esclarecimiento. Hace bastante tiempo que Lima dejó de ser –aunque no decaigan los enemigos de la modernidad, la cual, sin embargo, ha otorgado aún a nostálgicos y pasatistas sus automóviles, sus transistores, sus penicilinas, sus nylon, etc. – la quieta ciudad regida por el horario de maitines y ángelus, cuyo acatamiento emocionaba al francés Radiguet. Se ha vuelto una urbe donde dos millones de personas se dan de manotazos, en medio de bocinas, radios salvajes, congestiones humanas y otras demencias contemporáneas, para pervivir.

- Enrique Congrains Martín. *Lima, hora cero*. Ed. Populibros. Lima, 1965. Cuento: “Lima, hora cero”. Y “Domingo en la jaula de esteras”.

- Carlos Eduardo Zavaleta. *Los Íngar*.

[texto – pp. 62-64] Aquella tienda era apenas un agujero en el muro. Avanzando paso a paso, el Amarillo detuvo su marcha debajo del alero del tejado. Apenas desmontó Alberto ya no hubo nadie que empinase la copa; los borrachines, de codos sobre el mostrador, le daban las espaldas y lo miraban de soslayo. Aquél ingresó. Sus espuelas se apagaron en el piso de tierra, sembrado de sacos de arroz, coca y azúcar. Más allá del mostrador, el dueño, un pequeño gordinflón de piel oscura, pesaba algo en la balanza de platillos. No me vio cuando ingresé y desde la puerta me volví a ver la plaza: se me antojó que la desgracia la cruzaba y venía hacia nosotros. Venía extraña bajo el sol, como extraña es la lluvia en día despejado.

[...]

Callaron los que parecían vagabundos. En la plaza, pensé, la desgracia jugueteaba por los jardines mustios. La imaginé avanzando a pasos irreales: un buitre que se hiciera humano, un cerdo que viniera en dos pies. Y de pronto la vi dudar; pero después reanudó la marcha, disuelta en las ráfagas del maldito aire coronguino. Dentro de poco, pues, ingresaría en la tienda y golpearía el piso con la malsana violencia con que golpeaban las muletas de los cojos.

- Oscar Colchado. *Del mar a la ciudad*, 1981.

[texto] Cuento “El tren”.

[opción 1 – p. 42] Nosotros veníamos de los Andes. Del interior de la región de Ancash. Nuestra meta era la ciudad. La gran ciudad a orillas del mar.

Desde que mi madre y yo abordáramos el tren en la estación de Huallanca, algunas horas atrás, un pertinaz aguacero nos había venido siguiendo. En los asientos del lado veíamos cómo la gente se arropaba con frazadas o mantas, castañeteando los dientes como si estuviéramos cruzando las heladas regiones de la Cordillera Blanca.

[opción 2 – p. 43] Yo también animé a mi madre a dejar el campo, luego que mi padre falleciera. Tres años de sequía, ¿qué iba a ser de nosotros? Habían muerto casi todos nuestros animales. Los cerros estaban pelados y la gente se moría de hambre. La última vaca que quedó sirvió para los pasajes y otros gastos del viaje. En adelante, ya veríamos cómo aprender a vivir en la ciudad. Esta ciudad de la que tanto hablaba mi madre.

- Cesáreo Martínez. *El sordo cantar de Lima*. Lima: Ediciones de los Lunes, 1991.

[texto]

No hay noche ni día en Lima.

Entre la niebla es difícil saber quién te habla, quién te ama,
quién te escupe.

Puede estar abierta la ciudad. Puede estar despierta

o dormida. O pudieron haberla trastornado.
Pero la niebla te arrastra haciéndose extraño a ti mismo.
Urgido de sol trago niebla. No me equivoco. Transito bajo
la niebla ceremoniosamente.
Ahora ya no podré volver la cabeza.
Siento arder mis ojos y temo la enorme sombra de los
cerros que aún crece en mi memoria.

- Cronwell Jara. *Montacerdos*, 1981.

[texto – opción 1 – p. 10] Yococo fue el centro del espectáculo en la mañana que nos aguaitó ahí mismo. Las calles despertaban bostezando debajo del fango. Y como desde debajo aparecieron un montón de hombrecitos. Con ojos sobresalidos le rodeaban, le tocaban despacito por ver si era de verdad, si era humano: condolidos, mofándose de él, riéndose con pena, mirándole los harapos y la llaga pestilente que reventaba en su cabeza. A aquellos se les derretía en los ojos: *¿cómo era que Yococo podía vivir teniendo tanta llaga, mitad pus mitad costra, tan grande como sandía rajada y casi abierta, deshaciéndole la cabeza?* Pero Yococose divertía más riéndose de todos aquellos que lo miraban embobados y les arranchaba los panes que traían en la mano, sin que los hombrecitos se quejaran.

[texto – opción 2 – p. 15] *Es que esos locos nos han invadido ahí. Son peligrosos. En ese lugarcito quiero alzar mi jardín de mastuerzos. Lárguelos pues. Que se vayan detrás de los cerros, allá hay espacio. Nadie los molestará.* Y el alférez, perfil de víbora, volvió a hacer andar el caballo. Los otros lo siguieron. Le dijo el alférez que no estaba comisionado para botar a nadie de su choza, que de qué se quejaba si también había sido invasor de tierras alguna vez. El hombre protestó diciendo que en este barrio nadie había sido invasor. Que el gobierno regaló las tierras. Y el alférez le dijo que se queje ante la junta directiva del barrio. Que otros los saquen. *Yo a los locos los saco a patadas.* Y el alférez: *si tú los sacas, como dices, a patadas, juro que te arrastro de los testículos y te meto preso si no te he ahorcado. Indio maula.* Luego empezó a garuar finito. Lindas, costureras gotas de agua. Con gusto oí caer cada gota.

- Yauri Montero.
- Zein Zorrilla.
- Juan Cristóbal. *Maestra vida*, 1986.



[pie de objeto] Las crónicas *Maestra vida*, del poeta y periodista Juan Cristóbal, aparecieron en el Semanario Amauta: el vocero mariateguista, dirigido por Santiago Pedraglio, entre julio y octubre de 1986.

[video] Tráiler o fragmento del documental *Metal y Melancolía* de Heddy Honigmann.

[objeto] Edición facsimilar de las crónicas. Son 9: “El guitarrero”, “El lechucero”, “El jardinero”, “El payaso”, “El electricista”, “El carpintero”, “La quiromántica”, “El peluquero”, “El pescador”.

[texto]

Optativo porque se pueden poner todas las crónicas en edición facsimilar.

b. Discursos literarios sobre modernidad y ciudad

En esta parte nos interesa abordar cómo la modernidad impactó en la ciudad y en la cultura y ver qué discursos e imaginarios se generan. La transformación urbana de la ciudad a través de los cambios tecnológicos y de producción afectan a la forma de construir imaginarios en donde entran en conflicto los distintos proyectos de modernidad. Según Peter Elmore, se puede condensar este proceso de modernización simbólicamente en tres hitos: el primero tiene que ver con la demolición de la muralla que cercaba a la ciudad (1869), con la que se canceló la visión física de aldea. El segundo surge en el oncenio de Leguía (1919-1930), donde la fisonomía pública de la ciudad se adhiere a las teorías urbanistas modernas provenientes de Europa. El tercer hito tiene que ver con los resultados de la modernización de la urbe iniciada en los años veinte y su relación con el fenómeno migratorio (1940-1960) que trastocará no solo el orden urbano sino también el social. Agregamos a esto el impacto de la migración interna de la década del ochenta, que se desarrollará en el punto 1 y 3.

Voces centrales: Martín Adán, José María Eguren.

b.1 La ciudad en la literatura en la “primera” modernización

Bajo la influencia de la Ilustración, toma fuerza el afán aleccionador a través de la literatura. En tal sentido, existe una literatura dedicada a la formación o educación de los ciudadanos y que apunta a la fundación discursiva de la ciudad como referente a seguir.

- Juan del Valle y Caviedes. *Obra completa*. Edición, prólogo, notas y cronología de Daniel R. Reedy.



Juan del Valle y Caviedes es el más grande poeta peruano del siglo xvii. Mediante su poesía satírica, efectúa la crítica a la sociedad limeña de su tiempo. Quienes reciben los mayores ataques son los médicos, pero también los religiosos, catedráticos, poetas, gobernantes, abogados, indios, mulatos y también a las mujeres. Pero ese aspecto de la veta poética de Caviedes, que señala solamente el lado curioso o folklórico, no es el único que importa. En efecto, un análisis más a fondo de su obra nos revela a un hombre preocupado por el desmoronamiento de su mundo, de espíritu valiente, interesado en la verdad científica y opuesto a toda forma de superchería. El profesor Daniel R. Reedy ha sido responsable de la edición del presente volumen de Biblioteca Ayacucho en el que se reproduce la obra completa de Caviedes agrupándola temáticamente: poemas satíricos y burlescos, religiosos y filosófico-morales, amorosos, diversos, así como tres pequeñas piezas dramáticas descubiertas en el siglo xx.

- Pablo de Olavide. *Teresa o el terremoto de Lima*. Paris: Imprenta de Pillot, 1829.

[texto – p. 212] Encontró en el camino a uno de los infelices habitantes del puerto, cuyos destrozos estaban cubiertos entonces con la arena; este le notificó, que de siete mil personas que formaban la población de Callao, ciento cuanto más sobrevivían.

Con semejante nueva, y con semejantes vaticinios, se adelantó D. Alonso hacia la capital del Perú. Cuanto más se aproximaba a ella, tanto más consideraba el mal como irreparable: de tantos templos, monasterios, y hospitales que se elevaban en medio de las casas, ni siquiera uno había resistido al azote destructivo; todo estaba cubierto de escombros; y se reconoció después que únicamente veinte y cinco casas se habían libertado de la ruina general.

- Julián Manuel Del Portillo. “Lima de aquí a cien años [primera entrega]”. En *El Comercio*, Año v, Nº 1213, Lima, viernes 30 de junio de 1843, pp. 1-4.

[texto] Puedo asegurarte, amigo mío, que solo las torres de la Catedral, que al momento conocí, pudieron hacerme reconocer este sitio que fue en un tiempo el lugar favorito de mis meditaciones; entonces era tan solitario y triste, y bien se podía vivir en él sin que alma viviente lo supiese; hoy, apenas se puede caminar distraído porque se sufriría un fuerte encuentro, ya sea con los de a pie, o bien con la multitud de coches, birlochos, caballos que lo atraviesan sin cesar.

Mi intención era la de dirigirme a la plaza para comer, ya fuese donde Coppola o en la Bola de Oro; por fortuna alcé la vista y a medida que camino fui leyendo unos tablones enormes, en uno decía French Hotel, en otro English Hotel, en otro Café de París; por último, vi uno que decía Hotel Ruso, y me decidí a entrar en él.

- Carlos de A. “Cusco de aquí a cien años” En El Comercio, Año v, Lima, 1843.

[texto – pp. 122-123] Fuera obra de otros cien años, el describirte los innumerables edificios de esta ciudad, su suntuosidad y elegancia; te bastaría saber que Baalbek era una aldea en comparación; que las casas particulares son otros tantos palacios, con columnas de Porfirio y alabastro, todo en el orden egipcio y chino, mil veces superior a tu griego. Como lo sabes, se había restablecido el Imperio de los Incas, y el actual Emperador Portanqui Inca, ha realizado las maravillas de las *Mil y una noches*. Una sola lámpara, de cien varas de diámetro, suspendida en lo alto de la pirámide, alumbraba toda la ciudad, e iguala la luz del día.

En la actualidad, la ciudad de los Incas podrá tener arriba de cinco millones de habitantes y treinta leguas de circunferencia.

- Luis Benjamín Cisneros. *Julia o escenas de la vida en Lima*. Obras Completas. T. II. Prosa literaria. Lima: Librería e Imprenta Gil S.A., 1861.

[texto – p. 174] Me encontré en la meseta que se prolonga del cerro de San Cristóbal hacia el camino de la *Piedra liza*, en el límite de la alameda de *Acho*, y que, dominando la ciudad, el valle y la mar, sirve de punto de observación a los curiosos que quieran gozar de ese hermoso espectáculo en las alegres tardes de verano.

No se veía a distancia de veinte pasos, y solo al cabo de un rato pude percibir, delante de mí y al través de la bruma, ese arco blanco casi derruido que se divisa desde la ciudad. Instintivamente me acerqué a él. Ese arco, último fragmento de una antigua y humilde capilla, se levanta allí como el símbolo histórico de la primera oración que el sacerdote cristiano elevó bajo el cielo de Lima ante Pizarro y su corte de guerreros.

Volví la vista creyendo que iba a contemplar la ciudad tendida a mis pies: no se la veía, pero se la adivinaba en el fondo de las brumas dibujadas por las líneas entrecortadas e indefinidas de las luces de gas que iluminaban tristemente sus calles. Sus cuadradas manzanas se destacaban como grandes masas regulares coronadas por una cinta de fuego cuyos listones podían representar las llamas equidistantes, fijas y serenas, de los faroles. El cielo no tenía una estrella. Más o menos lejos, se distinguía, como una luz aislada en el espacio, el resplandor tenue, indeciso y melancólico de una que otra lámpara suspendida sobre el pórtico o en la torre de alguna iglesia. No sé porqué, sustraído súbitamente a las emociones que me habían arrastrado hasta allí, me sentí poseído de recuerdos históricos, y sobrecogido de un extraño terror, me pregunté qué sería Lima, hace doscientos años, en una noche igual, cuando la Inquisición, según las tradiciones del vulgo, hacía deslizar en las calles oscuras y aisladas su carroza sombría.

- Manuel Atanasio Fuentes: Lima, apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres. 1867. (Ilustraciones).

b. 2 La ciudad en la literatura en la “segunda” modernización

Veremos la literatura que trata de comprender y reconfigurar el imaginario de la ciudad que está siendo influida por un proceso de modernización arquitectónica y de organización urbana que ocurre en dos momentos: en la década del veinte con la llegada de las nuevas tecnologías y luego con la migración hacia la ciudad (esto último abordado en la primera parte del nudo).

Quizá aquí convendría dar algo de bibliografía secundaria. Algún trabajo sobre Piqueras Cotolí, sobre la urbanización de San Isidro en los años veinte. O textos sobre los cambios en los cuarenta. Hay varias cosas de Wiley Ludeña que podrían servir, y que llegan hasta Belaunde, su modelo de Ayllu, las torres de Limatambo, esas cosas. También: mapas de Lima en los años veinte, cuarenta, cincuenta. Hay fotografías preciosas en el libro de Juan Gunther Doering: *Memorias de Lima*.

- Carlos Oquendo de Amat. *5 metros de poemas*. Lima: Minerva, 1927.
- Martín Adán. *La casa de cartón*. Lima: Impresiones y Encuadernaciones, “Perú”, 1928. Prólogo de Luis Alberto Sánchez y colofón de José Carlos Mariátegui. Aparece por primera vez en la revista *Amauta*, Nº 25, mayo-junio de 1928, en la sección “Libros y Revistas”, pág. 41. Publicación de un fragmento de este libro en *Amauta* (Nº 10, diciembre de 1927).

[texto]

[opción 1] Ya ha principado el invierno en Barranco; raro invierno, lelo y frágil, que parece que va a hendirse en el cielo y dejar asomar una punta de verano. Nieblecita del pequeño invierno, cosa del alma, soplos del mar, garúas de viaje en bote de un muelle a otro, aleteo sonoro de beatas retardadas, opaco rumor de misas, invierno recién entrado... Ahora hay que ir al colegio con frío en las manos. El desayuno es una bola caliente en el estómago, y una dureza de silla de comedor en las posaderas, y unas ganas solemnes de no ir al colegio en todo el cuerpo. Una palmera descuella sobre una casa con la fronda, flabeliforme, suavemente sombría, neta, rosa, fúlgida. Y ahora silbas tú con el tranvía, muchacho de ojos cerrados. Tú no comprendes cómo se puede ir al colegio tan de mañana y habiendo malecones con mar debajo. Pero, al pasar por la larga calle que es casi toda la ciudad, hueles zumar legumbres remotas en huertas aledañas. Tú piensas en el campo lleno y mojado, casi urbano si se mira atrás, pero que no tiene límites si se mira adelante, por entre los fresnos y los alisos, a la sierra azulita. Apenas el límite de los cerros primeros, ceja de montaña... y ahora vas tú por el campo en sordo rumor abejero de rieles frotados aprisa y en una gimnasia de aires deportivos aunque urbanos. Ahora el sol mastica jalde una cumbre

serrana y una huaca, una mambla amarilla como el mismo sol. Y tú no quieres que sea verano, sino invierno de vacaciones, chiquito y débil, sin colegio y sin calor.

[opción 2] Y la ciudad es una oleografía que contemplamos sumergida en agua: las ondas se llevan las cosas y alteran la disposición de los palnos. Beatas que huelen a sol y sereno, a humedad de toallas olvidadas detrás de la bañera, a elixires, a colirios, a diablo a esponja, a ese olor hueco y seco de la piedra pómez usada, entintada, enjabonada...

[opción 3] Nos fuimos a Lima. En el asfalto pegajoso, chisporroteaban llantas de automóviles; al fin de cada jirón, un tramonto de raso dorado; los postes del teléfono se contra iluminaban perfectamente; las palomillas pregonaban todavía la mañana. Volvimos a Barranco en la noche.

[opción 4] En un momento volvió a Lima, al jirón dela Unión, y eran las doce del día. Un Hudson sucio de barro se llevó a Ramón por una calle transversal que asustaba con sus ventanas trémulas, medio locas.

[opción 5] Y un día –él no supo cómo– se despertó en Lima, en su frazada azulceste, las alazas babas bajo su ángel guardián. Ahora en Lima con su olor de sol y guano y sus placeres solitarios. Manuel no supo que hacer –volver a París, salir a la calle, no hacer nada... y se quedó profundamente dormido otra vez.

[opción 6] Lima, la sucia Lima, caballista, comercial, deportiva, nacionalista, tan seria... Ahora sí que se acabó el verano de veras.

[opción 7]

La justicia es unas estatuas feas en las plazas de las ciudades.
Nací en una ciudad, y no sé ver el campo.
Me he ahorrado el pecado de desear que fuera mío.
El mundo está demasiado feo, y no hay manera de embellecerlo.
Sólo puedo imaginarlo como una ciudad de burdeles y fábricas bajo un aletazo de banderas rojas.
Urbanismo
Extramuros; meaban tufillos de ganado;
el sol, viudo, fregábase la marmita de cobre,
y un ficus malarioso, paupérrimo, baldado,
ingería la purga de un regato salobre.
Ketty; sus ojos agros ya se han urbanizado;
Ketty, yanquis elevan hierro y cemento sobre
sus pupilas palustres; postrero parvo prado
de la corbata verde de algún amigo pobre...
En seda vegetal salvo el color extenso
que ingenieros albinos, mascando chicle, a tenso
cordel y teodolito, van hurtando a mi pena:

-Viento agudo mondaba la tarde, que era una manzana madurísima, y el plato de la luna colmábase de tiras de cáscaras morenas...

- Juan Parra del Riego. "Polirritmo dinámico de la motocicleta".

[texto]

Y corro... corro... corro...
Estocada de mi ruido que atraviesa la ciudad-
y ensarto avenidas... suspiro una rambla... disloco una
esquina
y envuelvo en las ruedas
la vertiginosa cinta palpitante de las alamedas...
La fusilería de los focos rompe la iluminación...
Y me lanzo a un tiro de carrera al mar
y otra vez me escapo por los bulevares,
rápidas serpientes de autos y sombreros,
mujeres y bares
y luces y obreros
que pasan y chocan y fugan y vuelven de nuevo a pasar...

- Xavier Abril. *Hollywood*.
- Enrique Bustamante y Ballivián. *Junín* (Ilustración de Julia Codesido).
- Alberto Hidalgo.
- Historieta: Alejandro Romualdo, Juan Acevedo, entre otros.

c. Sujetos urbanos

Los imaginarios sobre la ciudad generan formas de habitarla que se van transformando en relación con sus cambios. Estas formas suelen ser presentadas de manera crítica, pero no siempre son problematizadas explícitamente.

Voces centrales: Julio Ramón Ribeyro, Mario Vargas Llosa.

c. 1 Sujetos que trasgreden

La ciudad como espacio de lucha y pérdida de la utopía; la ciudad como espacio de soledad y para deambular; la ciudad como espacio hostil.

- Jorge Eduardo Eielson. *Primera muerte de María*.
- José B. Adolph.
- Luis Hernández Camarero. *Vox horrisona*. Lima: Ave fénix, 2007. De *6 canciones rusas*, poema: “La ciudad de lima y sus pistas...”; y de *Una impecable soledad*, poema: “Book the second: Shelley Álvarez se presentó en el Teatro Municipal...”.

[texto]

[opción 1 – p. 417] Gran Jefe Un Lado del Cielo se colocó en las escápulas las alas de plexiglass cubiertas de témpera. Luego, para acumular fuerzas, ingirió una tableta de glúcidos llamada Sublime de D ‘Onofrio.

Así equipado sobrevol  el Campo de Marte. Desde lo alto divis  el Otoño descendiendo sobre la ciudad de Lima.

Toc  tierra en la Plaza Bolognesi, donde bebió tres cervezas heladas a la salud de los espejos biselados. Alguien entonaba una canción en el bar. El Domingo concluí. Gran Jefe salió precedido de los últimos parroquianos y el aserrín y nueva mente se lanzó hacia la noche fe rica.

Y pens  que su tristeza procedí del Lejano Oeste y del Cercano Oeste. Y que su Melancolía asomaba por el Levante y se ocultaba por el Poniente.

[opción 2] Shelley Alvarez comía papas rellenas en el Estadio Nacional del Perú. El partido era una piscina de aire y el césped, las luces, el humo extendido bajo los faroles.

Nous aurons pensée comment avant, la vingtieme année. Entre el público: todas las luces del Estadio para una gran noche. *Texte premonitoire*, pues los partidos colmaron con creces las palmeras del parque cercano y la alegría de las grandes fiestas y todo aquello que desdeñan quienes sufren de un exceso de *sensibilit  douloureuse et d'intellectualit *.

- Oswaldo Reynoso. *Los Inocentes*. Surquillo: Minerva, 1961. (1era edición). / *En octubre no hay milagros*. Lima: Waman Puma, 1965.
- Enrique Verástegui. *En los extramuros del mundo*. Lima: Editorial Colmillo blanco, 1970. Poemas: “Primer encuentro con Lezama” y “Datzibao”.
- Juan Ramírez Ruiz. *Un par de vueltas por la realidad*. Lima, 1971.

[texto – opción 1]

Está lloviendo ahora sobre toda esta ciudad y
son las 12:30 p.m. a lo largo y ancho del Meridiano de Greenwich
y yo he crecido entre gente que es joven y gente que ya no es tan joven
entre autos, papeles bond o bulky,

artefactos y escaleras
artefactos y clientes. Y avisos de la desesperación o la locura
He crecido sobre esta ciudad
y hace 24 años esta ciudad sabe mi peso [...]
Y yo salgo a la calle a repartirme como obsequio.
Por las calles de mi país camino con un sonido.
Y soy un lugar con mucha luz,
soy un aullante canto ambulatorio,
mi cuerpo está lleno de poemas y
salgo a la calle a repartirme como obsequio.

[texto – opción 2]

Y me he visto crecer
atravesado por el ruido de las Bocinas de Alarma
me he visto crecer con la Publicidad mezclada en las encías y en las glándulas
sudoríparas, en medio de los demonios de Agio, de las bestias de la Técnica,
en medio de las Estadísticas,
los Censos, las Encuestas que revelan los detalles del Miedo
o la Demencia que pende como cuchillo sobre el mundo me he visto crecer.

- Wáshington Delgado. *Historia de Artidoro*. Lima: Colmillo blanco, 1994. Poema: “Artidoro camina hacia la muerte (Elegía Limeña)”.
- Monserrat Álvarez. *Zona Dark*. Lima, 1991.
- Óscar Malca. *Al final de la calle*. Lima: Ediciones El Santo Oficio, 1993.

Lima

(Caos, ¿destrucción?) Caminaba sin rumbo por La Colmena, mirando los escaparates y los carteles chillones que emergían de los muros en medio del desorden y la bulla de la avenida. Caminaba entre claxons que estallaban uno tras otro, revistas usadas y navajas de afeitar que se esparcían en el suelo al lado de charcos malolientes y mutilados que pedían limosna casi amenazando a los transeúntes. La gente se le cruzaba chocándole los hombros, gesticulando y hablando a gritos. Me miraba la calle como si en realidad estuviese en algún lugar muy dentro de su cuerpo, encapsulado, oculto tras una delgadísima tela que, sin embargo, no lo libraba del vaho miserable del entorno.

El mercadillo de Polvos Azules, con ya varios años de construido, mantenía el mismo aspecto abigarrado y caótico de sus inicios. Después de pasar por una hilera de carretillas en la que vendedores de tripas de chanco se alternaban con puestos de casetes piratas, uno entraba en la sección de relojes y calculadoras taiwanesas; luego de unos metros, venían los licores –de todas las marcas y nacionalidades, auténticos y falsos, baratos y caros– en cuyos kioskos se expendían también chocolates y dulces para niños. Más atrás, los perfumes y la chuchería doméstica, otra sección de comida y, finalmente, al fondo, la ropa y los artefactos eléctricos.

Cuando se llegaba hasta allí, uno tenía que haber lidiado con apretujaderas, codazos, empujones, escaperos y decenas de manos ofreciendo su mercadería a un milímetro del rostro de los visitantes. El irregular recinto debía tener unos diez mil metros cuadrados en total y el desorden era proporcional a la variedad de productos que se ofertaban. La mayor parte, proveniente del contrabando o de fábricas clandestinas que ponían la etiqueta que el mayorista pedía, ya fueran marcas francesas, norteamericanas, japonesas o brasileñas.

Breña

La cuadra de los hediondos edificios multifamiliares que quedaban al lado del basural del mercado de Breña, con sus ventanas débilmente iluminadas, era lo peor del trecho. Cruzando cerros de desperdicios con gruesos y negros círculos de moscas que se levantaban al paso de los transeúntes, viendo a los grupos de desharrapados que bebían y se prendían por las inmediaciones, M se sentía como un ángel sobrevolando el infierno. El olor a pay se mezclaba con el de vegetales y pescados descompuestos, excrementos pisoteados y la orina seca de cuyas huellas las paredes estaban repletas. Las carretas de comida ambulante se apretujaban con las vendedoras de cachanga y emoliente, que daban de comer a las putas –culeaban a cambio de comida o droga– y a los guardianes de los puestos y triciclos. Y si uno se cruzaba con adolescentes andando en mancha por esa cuadra, lo aconsejable era correr en seguida.

Magdalena

En Magdalena del Mar, antiguo distrito limeño que según cuentan creció desde los acantilados, sobrevive un buen número de casonas estilo tudor, con verandas y altas rejas de madera, techos inclinados y grandes jardines. Sólo que la mayoría de las maderas están picadas y descoloridas, los techos parchados con cemento o calamina y las otrora imponentes mansiones, completamente tugurizadas y herrumbrosas. Ciertamente es que todavía hay algunas que mantienen frágiles resabios de elegancia, pero es tan notorio el esfuerzo desplegado que igual dan pena. Y en cuanto a sus habitantes, deben ser los hijos de quienes no pudieron mudarse cuando el distrito comenzó a perder vigencia.

De las casonas que han quedado en pie sin perder ese último de decoro, la mayoría se han vuelto centros de reposo, sanatorios para enfermos mentales, discretos asilos de ancianos y cosas por el estilo. Así, por ejemplo, cuando uno pasea por la calle Castilla, camino al mercado, lo más probable es que desde la rendija de algún portón cruzado por una gruesa y oxidada cadena de hierro, aparezca –como un ectoplasma karloffiano– una arrugada mano con un billete igualmente desgastado, pidiendo al transeúnte le compre cigarrillos.

En Magdalena la neblina limeña tiene su zona más densa. Hay días en que la visibilidad es imposible una cuadra más allá de donde uno se encuentra. Hasta la enorme iglesia del Corazón de María, alta y horrible como pocas en la ciudad, ve desaparecer su cúpula entre la espesa bruma. Y el olor. Sí, el olor que llega con la humedad y el invierno, sus calles jamás perderán el insufrible olor a pescado que poseen desde siempre y cuyo origen nadie sabe explicar. Aunque al lado del mar, no se trata de una zona de pescadores: en el mercado principal del distrito se vende abundante producto marino, pero no mucho más que en barrios portuarios cuyo oxígeno nada sabe de estas vaharadas salitrosas que barren las veredas impregnándose en los torcidos troncos de los árboles y en la crujiente madera de

las fachadas e interiores de las casas. La gente ya se ha acostumbrado y para nada le molesta que las ropas que tienden en los techos de sus casas también adquieran el malhadado olor. (...)

En cambio, si uno se interna hacia la franja entre el malecón, el mercado y la huaca, el paisaje se torna más intrincado. En las pistas rotas y desniveladas del jirón Tarapacá, por ejemplo, se detienen relucientes automóviles para que manos veloces intercambien droga y billetes. En las trastiendas de licorerías sin licencia se beben piscos al compás del golpe de los dados en la mesa, hasta que alguien se derrumbe de la silla o las piernas ya no puedan sostener al cuerpo. Mientras tanto, en las esquinas aledañas a la huaca, se producen heridas con punzocortantes que muchas veces terminan en la muerte del menos avisado. Las ventanas son sordas y mudas; los focos de los postes –como en casi todos los distritos pobres de la ciudad- cuando no están rotos, no alumbran nada.(...)

Zona donde la magia de lo arcaico se entrecruza con la realidad más brutal sin entrar en conflicto, puede ser pues tan inhóspita como activa, bullente, misteriosa. Uno de los tantos huecos negros de la ciudad de Lima: sorprendentes, ignorados y sin embargo con una vigorosa identidad. Porque no por lánguida y taimada es menos seductora.

- Pilar Dughi (espacio doméstico y transgresión).
- Osvaldo Chanove. *Inka Trail*.

[texto]

[opción 1 – p. 215] Tenía una risa fácil, expansiva. Hablaba. Manuel le invitó otro trago, uno verdadero. Ella le explicó que no había otra ciudad como el Cusco. Le explicó que en Lima también hay mucha juerga, pero la gente es la de siempre, no se mezcla ¿no? Le explicó que aquí en cambio está todo el mundo. ¡Todo! Manuel la escuchaba. Ella le explicó que en el Cusco está la gente más increíble. Manuel la miró un largo segundo antes de sumergir su nariz en aquella preciosa oreja. Soltó su risa que hacía crecer las plantas.

[opción 2 – p. 205] En realidad había transcurrido ya un buen tiempo desde que Manuel pisara por primera vez la sagrada capital de los Incas. Manuel el chiflado de mierda. Manuel el jinete pálido. Manuel el cantinero. Su mirada se cruzó con la del dueño del *Enterprise*. Cusco es la patria del Buen Salvaje, el hogar natural, la delicia de los Políticamente Correctos. El polo gravitacional de los malditos extraterrestres. Y también de los cazadores de recompensas.

[opción 3 – p. 220] Me ocurre con frecuencia que me topo cara a cara con lo trascendental y no soy capaz de entenderlo. Por fin había llegado al Cusco y no me sentía mejor. Supongo que pasaba demasiadas horas recostado sobre colchas de felpa acanalada. Me agotaba mirar los viejos palacios de culturas extintas. Desde el primer día no había hecho otra cosa que desayunar un cafecito en el *Ayllu*, almorzar en *La Chola*, vagar sin rumbo fijo por todos los sitios más hermosos. Yo daba unos pasos por esas callejuelas de piedra sin fijar la mirada en ningún lugar en particular y, luego, con el cansado además del que no conoce el idioma

oficial, me sentaba, hincaba el codo sobre un mantel de plástico colorido. Inmediatamente después admitía que era urgente regresar al hotel.

c. 2 Sujetos en tensión con las exigencias sociales

- José Diez-Canseco. *Duque*.
- Luis Loayza. *Una piel de serpiente*. Lima: Populibros Peruanos, 1964.
- Mario Vargas Llosa. *Conversación en La Catedral*, 1969.

[texto]

[opción 1 – p. 17] Desde la puerta de *La Crónica* Santiago mira la avenida Tacna, sin amor: edificios desiguales y descoloridos, esqueletos de avisos luminosos flotando en la neblina, el mediodía gris. ¿En qué momento se había jodido el Perú? Los canillitas merodean entre los vehículos detenidos por el semáforo de Wilson voceando los diarios de la tarde y él echa a andar, despacio, hacia La Colmena. Las manos en los bolsillos, cabizbajo, va escoltado por transeúntes que avanzan, también, hacia la plaza San Martín. Él era como el Perú, Zavalita, se había jodido en algún momento. Piensa: ¿en cuál? Frente al Hotel Crillón un perro viene a lamerle los pies: no vayas a estar rabioso, fuera de aquí. El Perú jodido, piensa, Carlitos jodido, todos jodidos. Piensa: no hay solución. Ve una larga cola en el paradero de los colectivos a Miraflores, cruza la plaza y ahí está Norwin, hola hermano, en una mesa del Bar Zela, siéntate Zavalita, manoseando un chilcano y haciéndose lustrar los zapatos, le invitaba un trago. No parece borracho todavía y Santiago se sienta, indica al lustrabotas que también le lustre los zapatos a él. Listo jefe, ahoritita jefe, se los dejaría como espejos, jefe.

[opción 2 – p. 212] La policía había arrancado los cartelones de la fachada de San Marcos, borrado los vivos a la huelga y los muertos a Odría. No se veían estudiantes en el parque Universitario. Había guardias apiñados frente a la capilla de los próceres, dos patrulleros en la esquina de Azángaro, tropa de asalto en los corralones vecinos. Santiago recorrió La Colmena, la plaza San Martín. En el jirón de la Unión cada veinte metros aparecía un guardia impávido entre los transeúntes, la metralleta bajo el brazo, la máscara contra gases a la espalda, un racimo de granadas lacrimógenas a la cintura. La gente que salía de las oficinas, los vagos y los donjuanes los miraban con apatía o con curiosidad, pero sin temor. También en la plaza de Armas había patrulleros, y ante las rejas de Palacio, además de los centinelas de uniformes negros y rojos, se veían soldados encasquetados. Pero al otro lado del puente, en el Rímac, no había siquiera agentes de tránsito. Muchachos con cara de matones, matones con caras de tuberculosos fumaban bajo los rancios faroles de Francisco Pizarro, y Santiago avanzó entre cantinas que escupían borrachines tambaleantes y los mendigos, las criaturas desarrapadas y los perros sin dueño de otras veces. El Hotel Mogollón era apretado y largo como la callejuela sin asfalto donde estaba.

[opción 3 – p. 245] Santiago pagó las dos empanadas calientes y la Coca-Cola, salió y el jirón Carabaya estaba ardiendo. Los cristales del tranvía Lima-San Miguel repetían los avisos luminosos y el cielo también estaba rojizo, como si Lima se fuera a convertir en el infierno de verdad. Piensa: la mierdecita en la mierda de verdad. Las veredas hervían de hormigas acicaladas, los transeúntes invadían la pista y avanzaban entre los automóviles, lo peor es que a una la agarre la salida de las oficinas en el centro decía la señora Zoila cada vez que volvía de compras, sofocada y quejumbrosa.

- Miguel Gutiérrez. *El viejo saurio se retira*. Lima: CMB, 1969.
- Alfredo Bryce Echenique. *Un mundo para Julius*. Lima: Seix Barral, 1970.

[texto]

[opción 1 – p. 167] (...) Estaban medio aislados los Arenas; alguien había contado que en Chorrillos las casas eran viejas y feas y alguien había visto el carro de los Arenas estacionado frente a una casona de adobes de donde salía una sirvienta sin uniforme. Se podía vivir en San Isidro, en Santa Cruz, en varios sectores de Miraflores (junto a las rieles del tranvía no, salvo que fuera palacio o caserón; si tenían haciendas, bien). Y los Arenas vivían en Chorrillos. Nadie los invitaba a su santo pero, al mismo tiempo, como eran dos y bien unidos, no llegaron a venirse abajo del todo como Cano, que el otro día le pidió un chocolate fiado a la Zanahoria y la clase entera estalló a reír.

[opción 2 – pp. 265-266] (...) Sentado adelante, al lado de Carlos, seguía con gran atención el camino que llevaba desde San Isidro hasta La Florida. Arminda viajaba en el asiento posterior. (...) Julius ni cuenta se dio de que habían encendido la radio; llevaba un buen rato dedicado a mirar cómo cambia Lima cuando se avanza desde San Isidro hasta La Florida. Con la oscuridad de la noche los contrastes dormían un poco, pero ello no le impedía observar todas las Limas que el Mercedes iba atravesando, la Lima de hoy, la de ayer, la que se fue, la que debió irse, la que ya es hora de que se vaya, en fin, Lima. Lo cierto es que, de día o de noche, las casas dejaron de ser palacios o castillos y de pronto ya no tenían esos jardines enormes, la cosa como que iba disminuyendo poco a poco. Había cada vez menos árboles y las casas se iban poniendo cada vez más feas, menos bonitas en todo caso, porque acababan de salir de tenemos los barrios residenciales más bonitos del mundo, pregúntale a cualquier extranjero que haya estado en Lima, y empezaban a verse los edificiotos esos cuadrados donde siempre lo que falla es la pintura de la fachada, esos con el clásico letrero «SE ALQUILA» o «SE VENDE DEPARTAMENTOS»; edificios tipo nos-mudamos-de-Chorrillos-del-viejo-caserón-de-barro-a-Lince; edificios menos grandes, con tienda, bar o restaurancito abajo, y arriba las medio pelos amontones o son ideas que uno se hace. (...) Después, ya por el Centro, es donde se arman las peloteras, tremendos pan con pescado de lo moderno aplastando a lo antiguo y los balcones limeños además. Pero van saliendo también de ahí y el Mercedes atraviesa toda una zona que no tarda en venirse abajo desde hace cien años y desciende a un lugar extraño, parece que hubieran llegado a la Luna: esos edificios enormes, de repente entre el despoblado y las casuchas con gallinero, son pálidas montañas, y hay una extraña luminosidad, ni más ni menos que si avanzaran por un lago

seco, dentro del cual el camino se convierte en *caminito que el tiempo ha borrado* y el Mercedes sufre, nostálgico de las más grandes autopistas. Arminda como que despierta ahí atrás y Julius, al principio, se desconcierta, no puede imaginarse, no sabe qué son, ¡claro!, son casuchas, ¡claro!, ya se llenó todo estilo mi-brazo, aunque de vez en cuando se repite alguna de las chalecito, una costurerita bien humilde tal vez, y de repente, ¡zas!, la choza, para que veas una, Julius, mira, parece que se incendia pero es que están cocinando; no muy lejos, el edificio donde puede vivir el profesor de educación física del colegio; por momentos edificios cubiertos de polvo y por momentos también un cuartel o un descampado, y Carlos se siente algo perdido, aunque siendo criollo se orienta pronto y ¿quién dijo miedo?, a ver, señora, usted dirá por dónde, y Arminda, medio desconcertada porque viene en auto y no en ómnibus, no sabe qué responder y el Mercedes avanza perdido para que Julius vea más de esa extraña hondura, lejana como la Luna del Country Club.

- Sergio Galarza. *Matacabros*. Lima: Estruendomudo, 2010. Cuento: "Matacabros".

[texto]

Lima

Los rayos solares afinaban su puntería sobre las miles de cabezas transeúntes, Gabriel era una de ellas, una de las tantas que se confundían entre el mar humano generado en el Parque Universitario. El estómago le gruñía, la gente lo bañaba en sudor, y un sentimiento de insatisfacción aprisionaba sus sentidos.(...)

El Centro no había cambiado en nada desde que Gabriel recordara haber ido por primera vez. Sus calles llenas de desperdicios, los orates y mendigos estirando la mano para golpearte o pedir limosna, los edificios con sus paredes negras de hollín y llenas de afiches. Las casonas antiguas, refugio de las familias más respetables en sus buenos tiempos, convertidas ahora en focos de prostitución clandestina. El más optimista no hubiera podido decir que el Centro era siquiera un recuerdo de lo que fue.

- Julio Ramón Ribeyro. *Tres historias sublevantes*. En: *La palabra del mudo*. Tomo II. Cuentos 1952-1993. Lima: Jaime Campodónico Editor, 1994. Cuento: "Al pie del acantilado". *Las botellas y los hombres*. En: *La palabra del mudo*. Tomo I. Seix Barral. Lima, 2009. Cuentos: "Dirección equivocada" y "De color modesto".

[texto] *Tres historias sublevantes*. En: *La palabra del mudo*. Tomo II. Cuentos 1952-1993. Lima: Jaime Campodónico Editor, 1994. Cuento: "Al pie del acantilado". Tema: migración.

Surgimiento de la barriada

"Samuel no se había equivocado. Los que dejaron piedras y muchos más vinieron. Llegaban solos o en grupos, miraban la explanada, bajaban por el desfiladero, husmeaban por mi casa, respiraban el aire del mar, volvían a subir, siempre mirando arriba y abajo, señalando, cavilando, hasta que, de pronto, se ponían desesperadamente a construir una casa con lo que tenían al alcance de la mano. Sus casas eran de cartón, de latas chancadas, de piedras, de cañas de costales, de esteras, de todo aquello que podía encerrar un espacio y separarlo

del mundo. Yo no sé de qué vivía esa gente, porque de pesca no entendía nada. Los hombres se iban temprano a la ciudad o se quedaban tirados en las puertas de sus cabañas, viendo volar los gallinazos. Las mujeres, en cambio, bajaban a la orilla, en la tarde, para lavar la ropa”.

Modernización y nostalgia

“Ramón abandonó la oficina con el expediente bajo el brazo y se dirigió a la avenida Abancay. Mientras esperaba el ómnibus que lo conduciría a Lince, se entretuvo contemplando la demolición de las viejas casas de Lima. No pasaba un día sin que cayera un solar de la colonia, un balcón de madera tallada o simplemente una de esas apacibles quintas republicanas, donde antaño se fraguó más de una revolución. Por todo sitio se levantaban altivos edificios impersonales, iguales a los que había en cien ciudades del mundo. Lima, la adorable Lima de adobe y de madera, se iba convirtiendo en una especie de cuartel de concreto armado. La poca poesía que quedaba se había refugiado en las plazoletas abandonadas, en una que otra iglesia y en la veintena de casonas principescas, donde viejas familias languidecían entre pergaminos y amarillentos daguerrotipos”.

“Gentes venidas de otros horizontes –del extranjero, claro, pero también de alejadas provincias y del subsuelo de la clase media– habían ido adueñándose poco a poco del país, gracias a su inteligencia, su tenacidad o su malicia. Nombres sin alcornia ocupaban los grandes cargos y manejaban los grandes negocios. El país se había transformado y se seguía transformando y Lima, en particular, había dejado de ser el hortus clausum virreinal para convertirse en una urbe ruidosa, feísima e industrializada, donde lo más raro que se podía encontrar era un limeño”.

Destrucción

“Dicen también que los últimos concesionarios del establecimiento no pudieron soportar la competencia de las otras playas ni la soledad ni los derrumbes y que por eso se fueron llevándose todo lo que pudieron: se llevaron las puertas, las ventanas, todas las barandas y las tuberías. El tiempo hizo lo demás. Por eso, cuando nosotros llegamos, solo encontramos ruinas por todas partes, ruinas y en medio de todo, la higuera”.

[texto] Ensayo. “Gracias, viejo socarrón”. En *Antología personal*. Lima: FCE, 1994.

[opción 1 – abrir el nudo] La literatura sobre las ciudades las dota de una segunda realidad y las convierte en ciudades míticas. Inversamente, la ausencia de esta literatura las empequeñece. Hay ciudades importantes pero que no han inspirado grandes obras literarias y que por ello mismo siguen siendo sólo eso, ciudades importantes.

[opción 2 – colocarlo con Palma] Las *Tradiciones*, tan pronto ensalzadas como criticadas. Se ha dicho mucho sobre ellas. Para unos es una obra democrática y para otros reaccionaria. Se le ha calificado también de nacional y de hispanófila, de amena y de aburrida, de retrógrada y de innovadora, de veraz y de falsa. Atizar estos debates tampoco es mi intención. Sólo quiero resaltar su función en tanto que fundadora de una memoria nacional y de una conciencia ancestral común.

[texto] Creo que lo que les falta a nuestros poetas, no es aprender a escribir: eso es cuestión de técnica que se aprende en la escuela; les falta aprender a sentir. Comprender que en la Naturaleza, el eje, el punto de mira es el observador, y que a medida de que éste sea más sutil, más selecto, más sincero y más bueno, la visión tendrá que ser, como en un lente fotográfico, más perfecta.

Abraham Valdelomar.

- Grupo Norte – Trujillo.
- Grupo Orkopata – Puno.
- Grupo Aquelarre – Arequipa.
- Grupo Resurgimiento – Cusco.
- Grupo Narración – Lima.
- Grupo Bubinzana – Iquitos.
- Grupo Hora Zero – Lima.
- Grupo Kloaka – Lima.
- Grupo Trilce – Trujillo. Premio poeta joven. Cuadernos trimestrales de poesía. González Viaña.
- Grupo Neón – Lima. Ildefonso.
- Grupo Ómnibus – Lima. Revista Macho Cabrío. Chanove.

Poemas para Ciudad: Alejandro Peralta. “Kollao”.

Vivienda de barrio indígena
La naturaleza se afina hasta el extasis
El hombre es matinal
Orkopata se amplio en el vuelo del Chio Koori
De los ojos de Teofano nacio la mañana aimara
Con el se lleno de la buena gente del campo
Ha venido en ser desde entonces el plantel telúrico
Su arquitectura la trazó el gorrión
...
La pampa conoce el aire del Orkopata
I los íntimos
tienen el parentesco del hueso triturado en la injusticia.
...
A Orkopata
llegó el Gobierno armado hasta los dientes
Y PORQUE ASÍ
DEBE SER
a culatazos
refrendó su categoría de chujlla
Desde entones
LOS ORKOPATAS NOS QUEREMOS HASTA LA MÉDULA